

## **LA VIDA MONÁSTICA EN AMÉRICA LATINA Y LA NUEVA EVANGELIZACIÓN**

### **PUESTA EN COMÚN DE LAS EXPERIENCIAS FUNDACIONALES**

1. ¿De qué modo su monasterio vivió las fundaciones como aporte a la evangelización?

Al realizar su monasterio las fundaciones, ¿existía un proyecto evangelizador concreto en la comunidad fundadora?

2. ¿Cuál era el proyecto evangelizador?

3. ¿Fue, a su vez, evangelizada y, en caso afirmativo, cómo fue evangelizada la comunidad fundadora a raíz de las fundaciones realizadas?

¿En qué medida el contacto con las nuevas realidades resultó evangelizador para la comunidad fundadora?

#### **I. INTERVENCIÓN DE LA M. CRISTIANA PICCARDO, OCSO.**

##### **IDEAS**

No había ningún proyecto evangelizador agregado al del carisma impreso en cada hombre por el bautismo: ser testigo de su fe.

Lo más claro en la comunidad de Vitorchiano ha sido la escucha de la Iglesia y de la Orden, básicamente la experiencia de una obediencia a los signos de los tiempos y al llamado de Dios, y quizás una cierta desconfianza en los proyectos teóricos, exteriores a la vida.

Los signos de los tiempos habían sido la gran apertura de nuestra Orden, sobre todo gracias al carisma profético de Gabriel Sortais,

abad general, que transmitió muy profundamente a la Orden las instancias del Vaticano II; la afluencia de muchas vocaciones con el normal cambio de mentalidad que siempre se producè con su aporte vivo, y un cierto tipo de apertura a la universalidad que vino a nuestra comunidad con las particulares vocaciones ecuménicas de la Madre Pía y de la Beata María Gabriela.

Siempre hemos tenido como una profunda conciencia, de algunas cosas:

1- de que la **vida monástica** tiene derecho y deber de establecerse en todos los países del mundo. Sea porque corresponde a una tensión y dimensión fundamental del hombre, sea porque, allá donde la Iglesia llega, tiene que dar testimonio de todos los aspectos del rostro de la Esposa de Cristo, del rostro activo y misionero, así como de su rostro amante, orante, contemplativo.

2- de la riqueza cõtemplativa de Italia: quinientos veinte monasterios y más de doce mil monjas. Entonces, después de una primera fundación en Italia, Valserena (1968), necesaria, pues, después de la revolución francesa habían quedado muy pocas, y muchos monasterios cistercienses habían desaparecido, nos dimos cuenta de que si teníamos que cumplir un esfuerzo fundador, debía realizarse fuera de Europa.

Circunstancias particulares orientaron a la comunidad hacia Latinoamérica. Me acuerdo de un largo documento redactado, creo, por el Padre Agustín Roberts y Dom Edmundo Frutterer, que exponiendo las posibilidades monásticas de Latinoamérica, reprochaba a la Orden su falta de iniciativas en este continente. Ese fue el llamado concreto, pero el empuje básico fue una profunda fe en la vida monástica como modelo de vida cristiana, y de vida eclesial, a parte de cualquier otro proyecto particular. Nuestro interés particular no fue tanto trasladar a América Latina una lista de valores monásticos, un conjunto de instrumentos ascéticos para realizar la búsqueda de Dios, sino trasladar la misma experiencia comunal, que, a pesar de las muchas debilidades personales y comunitarias se vivía en el monasterio de Vitorchiano.

Nuestra sensibilidad respecto de los valores culturales del lugar ha tomado un nombre muy simple: humildad, escucha humilde con un corazón que querría ser pobre, de todas las realidades humanas, religiosas, culturales del lugar. Acogida, admiración, integración. Me parece que enfrentamos el problema de la inculturación de nuestras

fundaciones con el mismo estilo o método con el cual enfrentamos el problema de la integración en la comunidad de generaciones nuevas, culturalmente del todo distintas de las generaciones del pasado. La integración ha sido posible gracias a una identidad comunitaria monástico-ecclesial muy precisa, es decir una propuesta clara que, gozando de la riqueza de su tradición podía abrirse sin miedo a los signos del tiempo e integrar sin miedo el aporte nuevo y vital que cada persona que entra al monasterio lleva consigo. En realidad una escucha verdaderamente libre y humilde es posible solo si la identidad comunitaria es clara y profunda. Lo mismo ocurre con las personas que van a fundar: nadie se propone a sí misma sino propone lo que ha recibido y queda libre, pues no va a cumplir un proyecto sino básicamente una fidelidad.

Es esa humildad la que nos libra de la tentación de parecer lo que no somos, de disfrazarnos de chilenas, argentinas o venezolanas. Somos italianas y lo seguimos siendo. El problema no es borrar su identidad, sino, como decía el Padre Bernardo, es el problema de la buena muerte, es decir, dar su vida para que otras vivan; no fundar para enseñar sino para vivir juntas la misma búsqueda de Dios, la misma fidelidad a la Regla, a la Iglesia, a la Orden, a su comunidad.

Dentro de esa humildad, el camino de conversión continúa, todos los elementos de las culturas locales pueden ser recibidos y amados en la medida en que ayudan a la identidad cisterciense a ser más accesible y creíble sin deformarse.

Todo esto no pude tomar el nombre de proyecto evangelizador, sino de acto de fe en la verdad existencial y en la fecundidad de la iglesia monástica.

En un reciente congreso misionero, quizá la palabra más fuerte que surgió fue: "misión no significa llevar una ayuda al pueblo, sino vivir una comunión".

Esa ha sido la intuición básica de la comunidad de Vitorchiano, que nunca pensó en un proyecto evangelizador, sino en vivir una conversión allá donde el Espíritu empuja. Y nada más.

¿En qué medida el contacto con las nuevas realidades resultó evangelizador para la comunidad fundadora?

1. Muchísimo. Ante todo, nos ayudó a encontrar nuestra propia identidad. Buscando transmitir lo esencial que se tenía que transmitir

de una fundación, logramos comprender un poco más claramente nuestra vocación monástica. Yo no creo que hubiéramos llegado a comprender el valor de la vocación y de la comunidad monástica sin el ejemplo valioso y generoso de integración entre ellas y con las nuevas vocaciones del lugar en que vivían nuestras hermanas fundadoras, sin su fidelidad en la transmisión de los valores monásticos, sin su permanecer constante en el don inicial a pesar de las dificultades de cada comienzo y de la pobreza personal de cada hermana.

2. Además la comunidad recibió un don de maternidad, un sentido más profundo de lo que significa engendrar. Siempre hemos experimentado el gran cariño de las ancianas hacia las jóvenes en nuestra comunidad, pero quizás de una forma un poco maternalista y sentimental. Pero engendrar en una Iglesia es otra cosa, sobre todo cuando el precio se hace pesado por causa de las personas que parten, siempre las más queridas y las más preciosas en la comunidad, sea porque substituir personas que participan muy adentro de la vivencia comunitaria, pide gran generosidad de presencia, servicio y trabajo, y un rápido crecimiento en personas todavía jóvenes que se encuentran rápidamente cargadas de responsabilidades. Engendrar es dar su vida pero es dando la vida como se ensancha el corazón y se adquiere una amplitud de comprensión y de visión que no se tenía antes. Dicen que Vitorchiano tiene un don de esperanza que ayuda a las personas a crecer, un riesgo de amor obstinado, a veces un poco loco, pero casi siempre fecundo: creo que lo recibimos de Latino América a través de nuestras fundaciones.

3. Recibimos también la capacidad de relativizar muchas cosas secundarias o algunos esquemas fijos del pasado, gracias a esa visión que nos ofrecieron nuestras fundaciones de que una fidelidad nunca se basa en un esquema de virtudes o valores, sino en una comunión y una conversión continuas a Dios y a los hombres. Eso nos permitió integrar más fácilmente las nuevas generaciones y todo lo "distinto" que iba apareciendo en la evolución de la Orden: ese pasaje de una comunidad de observancia a una comunidad de comunión.

4. Y quizás surgió también un sentido nuevo de la gratitud y del abandono a la misericordia de Dios (Hinojo), sea por el sentimiento profundo de incapacidad para transmitir algo de verdadero y de luminoso a nivel monástico a causa de nuestra pobreza y de nuestro pecado, sea por la pobreza que encuentra una casa

madre cuando p[ar]ten personas de mucho valor. No solamente por el vac[í]o f[ís]ico que se experimenta, sino tambi[é]n por el vac[í]o espirit[ual] y cultural que dejan tras de s[í]. Creo que la experiencia de ese vac[í]o espirit[ual] y cultural impulsó mucho el dinamismo cultural de la comunidad y nos dio consistencia y apertura para integrar culturas mucho m[á]s lejanas, como la cultura indonesia en nuestra [última] fundación, o hermanas de proveniencias muy distintas: malgache, guatemalteca, filipina, portuguesa, alemana...

Puede que mi conclusión final sea demasiado prematura, y remito la competencia de una síntesis a mi Abad General. Pienso que en los años 60 hemos comprendido un valor: no a la colonización, *si* a la escucha, al respeto, a la integración de los valores locales. Pero ese valor ha sido tan ideologizado y politizado, que llegó a ser una expresión muy ambigua. No teníamos nada más que dar sino todo que aprender, con el riesgo de una confusión de identidad y de un sincretismo peligroso. Pero la intuición inicial era buena y creo que tendremos más y más que aprender y recibir en el futuro. Hay una novedad de la fe y de la adhesión a Jesús por María que quizás Europa perdió. Latinoamérica es un mundo que no tiene todavía el complejo de lo científico, por el cual no se puede decir una verdad si no está científicamente comprobada en mil puntos y diez mil párrafos. Por eso la sabiduría latinoamericana tiene una posibilidad de penetración metafísica y pastoral de la realidad sin temor de ser malentendida, lo que es muy vital e importante. Son signos claros que no tenemos que anticipar ni ideologizar. El Espíritu Santo va a realizar el mensaje mucho más allá de nuestros clichés culturales equivocados.

5. Hemos recibido mucho pero vamos a recibir mucho más en la medida en que América Latina vaya descubriendo su identidad, su riqueza religiosa, cultural y monástica.

Monastero Trappiste  
Via della Stazione, 15  
01030 Vitorchiano, Viterbo  
Italia

CRISTIANA PICCARDO, OCSO

## II. INTERVENCIÓN DE LA M. MECTILDIS VILAÇA CASTRO, OSB

1. A la pregunta que se me hizo, "si teníamos algún proyecto evangelizador cuando hicimos nuestra fundación, respondería que sí y que no.

Sí, porque teníamos un proyecto monástico y siempre pensamos que es evangelizador por la simple presencia e irradiación de una comunidad que tiene a Cristo como centro de su vida.

No, en el sentido de la expresión "proyecto evangelizador", lo que me hace pensar en cosas interesantes del pasado que reflejan un poco la conferencia del P. Eduardo Ghiotto.

Nuestro monasterio fue fundado en 1963, al comienzo del Concilio Vaticano II, año marcado por la muerte de Juan XXIII y la toma de posesión de Pablo VI. El Concilio no había abordado todavía el tema de la vida religiosa.

Nuestro grupo fundador, así como toda la comunidad del monasterio de Nuestra Señora de las Gracias (Belo Horizonte), de donde veníamos, había formado parte de la Acción Católica. Ahora bien, en la Acción Católica se hablaba de "cristianizar un mundo des cristianizado". Es interesante que la palabra "evangelizar", tan evangélica, no pertenecía a nuestro vocabulario corriente.

En efecto, cristianizar partía de enfoques doctrinales, teológicos, con base evangélica, es verdad, pero muy dogmáticos. Reflejaba la época. Nosotras, formadas en la Acción Católica, entrábamos al monasterio con una formación doctrinal relativamente buena, con conocimiento de los Padres de la Iglesia. La Escritura nos alimentaba a partir sobre todo del Misal, y semanalmente comentábamos en grupos el Evangelio y las demás lecturas del domingo. Los Salmos los frecuentábamos a través del Breviario, en latín. Y toda la doctrina estaba fundamentada en textos bíblicos.

Al entrar al monasterio extrañé esos encuentros sobre la Biblia que teníamos en la A.C. y así fue durante los ocho años que estuve en Ntra. Sra. de las Gracias.

Ya en Olinda, durante el Vaticano II, un predicador, al comenzar nuestro retiro anual nos dijo: "Simplemente voy a leer con ustedes el Evangelio". Me impactó y pensé: ¿Será posible que durante ocho días tengamos sólo el Evangelio? Fue un descubrimiento.

Creo que sólo a partir de la *Evangelii Nuntiandi* la expresión "evangelizar" se tornó más corriente.

Pero, volviendo a lo que dije al principio, si el proyecto de vida monástica era o fue siempre en sí evangelizador, fue a partir del Concilio cuando se abrieron las fuentes de la Escritura más plenamente, haciéndonos comprender más profundamente el aspecto evangelizador de la vida monástica.

Descubrimos, entre tanto, cuánto precisábamos ser más evangelizadas, pues sólo hay comunidad evangelizadora si está constituida por personas evangelizadas.

Descubrimos —y todavía estamos en ese proceso— cómo todos los valores que vivíamos necesitaban ser evangelizados: nuestra vida de oración y de comunión con Dios, nuestras relaciones fraternas, nuestra obediencia y hospitalidad, la autoridad como servicio, el sentido de la vida, del pecado, de la muerte, etc., etc.

Comprendo igualmente que habrá siempre para nosotras una nueva evangelización, un nuevo descubrimiento de un Evangelio que tiene y tendrá la capacidad de ser siempre nuevo. En estos días hemos experimentado muy vivamente la fuente inagotable de la Palabra de Dios y cómo la vida humana y monástica precisan colocarse sin cesar bajo esa luz del Evangelio.

Creo que la nueva evangelización ya comenzó en nuestros monasterios, como el Concilio había comenzado con los movimientos bíblico y litúrgico, con la A.C. Creo que éste es el momento de una conciencia más plena de nuestra misión evangelizadora y de un nuevo impulso.

## 2. La misión evangelizadora de nuestros monasterios

En general nuestros monasterios son visitados por grupos muy diversos. En nuestros días hablamos mucho de los pobres, de los "sencillos". En nuestro caso estamos rodeadas de una población pobre con muchos matices, desde los miserables hasta los más promovidos. Los jóvenes ya llegan al secundario y algunos al nivel universitario. Nuestra asamblea litúrgica dominical cuenta con cerca de un 90% de ellos. Pero los hay que vienen de lejos. La misión de un monasterio trasciende sus límites geográficos. Algunos vienen en busca de valores como el silencio, la oración, la liturgia, y hasta el canto gregoriano o un canto en vernácula más orante. Otros vienen en busca de una palabra de vida, una orientación, y traen sus diversos problemas

y preocupaciones. Y los hay que vienen en busca de nuestros productos y se relacionan con el monasterio o alguna hermana.

Percibimos que hay un punto común entre los pobres y los de mejores condiciones económicas: los problemas de la vida moderna, los que les transmiten los medios de comunicación social, las novelas, las ideas modernas relativas a la familia, al divorcio, a la libertad, al sexo, a la droga. El problema de las sectas es muy serio: en cada esquina surge una Asamblea de Dios o su equivalente. Tientan a los jóvenes con sus ofrecimientos, sus críticas a la Iglesia y su proselitismo. Están también los problemas de las personas más cultas: las ideas reencarnacionistas, la falsa concepción de Dios, de la vida y de la muerte.

El monasterio debe estar abierto a todas esas personas, que a su vez le traen valores y nos enriquecen en cuanto nos obligan a reflexionar, a estudiar, a estar más presentes en la vida y en la Iglesia con sus preocupaciones.

Que nuestros monasterios sean puntos de referencia para el pueblo de Dios, porque está presente en nuestras comunidades el único y esencial punto de referencia, Jesucristo, nuestro Señor.

*Mosteiro Nossa Senhora do Monte*  
*Cx. P. 975 - 50.000 Olinda - Recife*  
*Brasil*

MECTILDIS VILAÇA CASTRÓ, OSB

### III. INTERVENCIÓN DE LA M. PLÁCIDA MA. ZORRILLA, OSB

Nuestro Dios está en el cielo,  
lo que quiere lo hace. ¡Aleluia!  
Ps.113B (115)

En nuestra comunidad existía el deseo de que hubiese más centros de vida monástica en América Latina, que como pequeñas centrales de energía atómica, fuerza (ἐνέργεια) de Cristo (Col 1,29), colaborasen en la maduración cristiana de este continente. Lo deseábamos y lo seguimos deseando; ya que aún hay algunos países de América Latina sin presencia monástica. Pero no sabíamos la parte que nos tocaría.

En Uruguay, Mons. Carlos Nicolini, que falleció hace poco, siendo obispo de Salto, nos había pedido una fundación para su diócesis. Tanto él como nosotros teníamos *bien claro* que "por el momento no podíamos", pero alentábamos la idea, la ilusión.

El obispo tenía un terreno reservado para la futura fundación... nosotros guardábamos algunos libros repetidos para "La Estrella de la Evangelización"; nombre de nuestro proyecto. Proyecto guardado en secreto y con mucho cariño. Pequeña ilusión alentada en el alma de la comunidad para "cuando Dios quisiese".

Nuestra comunidad creció lentamente. Cuando llegamos a ser catorce monjas les dije un día en el recreo: "Ya somos catorce. Con este número la comunidad puede caminar sin excesiva apretura. Lo que el Señor nos envíe en adelante será para la fundación"; es decir que, cuando hubiera seis o siete hermanas más podríamos pensarlo en serio: Fue una ocurrencia del momento, pero... al poco tiempo un grupo de trece chilenas nos pidió que las ayudáramos a ser monjas... en Chile. Al recibir este pedido: gran asombro, sorpresa, pero asombro bueno, gustoso.

El pedido encontró eco favorable en el corazón de la comunidad. Era una aventura, pero parecía ser aventura de Dios.

Antes de edificar había que calcular los medios (Cf. Lc 14, 2). Deliberación comunitaria y luego con el P. Abad Presidente D. Eduardo Ghiotto. Pareció que allí había "vida". Que el Señor andaba metido en este asunto. Que era él quien decía una vez más: "*Id... yo estoy con vosotros todos los días*" (Mt 28, 19-20).

Al grupo fundador se le entrega la Cruz, signo de la presencia del Señor, de la Buena Noticia de que es portador. Esto se refiere a llevar la muerte y la resurrección del Señor dondequiera que se vaya.

Todo el trabajo de la fundación resultó, evangelizador para nosotras. "Fiel es el que no solamente cree que Dios puede todas las cosas, sino que también cree que podrá todas las cosas con él" (San Juan Clímaco).

Nos ayudó a crecer en la confianza en la Divina Providencia, a no instalarnos, a relativizar muchas cosas, a un mayor desapego; la partida de las tres hermanas fue un gran arrancón, pero los sacrificios, las renunciaciones, purifican, maduran, fortalecen. El que da, recibe.

\* El intercambio con las hermanas chilenas fue bien positivo. Nos encontramos con otra modalidad, diferente, pero no menos rica. Descubrimos otros aspectos del don de Dios en sus criaturas y también algo del trabajo personal que puede requerirnos el vivir en concreto lo que pedimos en el Salmo 116: "Alabad al Señor, todas las naciones, aclamadlo todos los pueblos".

Esto es trabajo pero también inmensa alegría. En esta tierra siempre tendremos que fatigarnos, sudar y más vale hacerlo por cosas que valen la pena.

Deseamos la comunión y la solidaridad entre todos los hombres —la integración latinoamericana—: sea esto nuestro granito de arena.

Bendito sea el Señor que nos llamó a trabajar en su viña. A él conviene toda la gloria, el honor y poder, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén, Aleluia.

"Abadía Sta. María, Madre de la Iglesia"  
C.C. 10.740 - Dist. I - 11200 Montevideo  
Uruguay

PLÁCIDA MA. ZORRILLA, OSB